La Comédiathèque

El yerno ideal

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

El yerno ideal

Jean-Pierre Martinez

Si abandonaste a tu prometida unos días antes de la boda
dejando una notita en el refrigerador con la explicación,
mejor nunca vuelvas...

Personajes:

Valentina
Luis
Manuel
Paloma

© La Comédiathèque

Un salón desordenado. Un bebé llora en una cuna. Sobre ella, un móvil musical reproduce una de esas melodías que supuestamente ayudan a dormir a los bebés, mientras proyecta reflejos caleidoscópicos en la pared del fondo. Entra una joven, Valentine, y coge al bebé en brazos para tranquilizarlo.

Valentine – Venga, que ya es hora de dormir... ¿Por qué lloras así? ¡Si tú no tienes ningún motivo para llorar! Yo sí que tendría motivos, pero ¿tú? ¿Por qué demonios tienes que berrear de esa manera? Tienes la barriga llena y el culito limpio. Te pasas el día mirando imágenes psicodélicas en el techo mientras escuchas música relajante. ¿Qué más quieres? ¿Tu osito? Ya te lo he explicado: ayer mamá se dejó tu osito en el techo del Twingo de la abuela. Salió volando en la autopista y un camión enorme pasó por encima. Conseguimos recuperar una pata, pero el resto debió de quedar hecho puré bajo las ruedas. ¿Quieres que te dé la pata de todos modos?

Sin soltar al bebé, Valentine va a buscar la pata del peluche y se la da.

Valentine – Toma. Pero te aviso de que no es muy agradable de ver... Está lleno de grasa y huele a gasóleo...

El bebé deja de llorar.

Valentine – ¡Aleluya! A ver si por fin puedo tener un poco de paz...

Vuelve a acostar al bebé en la cuna con cuidado.

Valentine – Parece que los vapores del gasóleo lo tranquilizan...

El estridente timbre del teléfono hace que el bebé se ponga a llorar otra vez.

Valentine – ¡No puede ser! ¡Esto es una pesadilla!

Descuelga de mal humor.

Valentine *(harta)* – Sí, mamá... Sí, ya sé que venís luego. Me has llamado tres veces para decírmelo... ¡Claro que estoy en casa! ¿Dónde quieres que esté? ¿Tomando el sol en una playa de las Seychelles? Una sorpresa... No me gustan mucho las sorpresas, pero bueno... Sí, sí, estoy deseando descubrirla, naturalmente... Vale, hasta luego, mamá... Yo también te quiero... ¡Ah, mamá! Sobre todo, cuando lleguéis, ¡no toquéis el timbre! Por si para entonces he conseguido dormirlo... Llamad flojito a la puerta, que os oiré. En un piso de dos habitaciones tampoco puedes alejarte mucho de la puerta, ya sabes. Vale, hasta luego...

Valentine cuelga. El bebé sigue llorando. Vuelve a cogerlo en brazos.

Valentine – ¿Qué quieres ahora? ¿Que te eche un poco más de gasóleo al osito? ¡Pues no tengo! A lo mejor funciona con aguarrás, pero tendrás que prometerme que no vas a fumar en la cama, como acostumbraba a hacer tu padre... Y no me preguntes dónde se ha metido tu padre, ¿eh? Mamá también perdió su osito. Y ni siquiera pudo recuperar una pata... ¿Quieres que te cante algo? No sé si me sé muchas canciones... No tengo memoria para las letras... Pero puedo interpretarte una que le encantaba a tu padre. Se llama Smoke on the Water. O sea, «fumar en el váter», más o menos.

Valentine empieza a imitar con la boca los célebres primeros compases de Smoke on the Water, de Deep Purple. Sorprendido sin duda por tan inesperada interpretación, el bebé se calma al instante. Valentine vuelve a dejarlo en la cuna.

Valentine – ¡Increíble! Parece que prefiere Deep Purple a las nanas de siempre...

Suena el timbre de la puerta con estrépito, y el bebé vuelve a llorar. Valentine se queda perpleja un instante y luego se dirige a la puerta, desesperada.

Valentine – Los voy a estrangular...

Valentine abre la puerta y se queda muy sorprendida al encontrar en el umbral a un joven con traje, camisa blanca y corbata.

Stéphane – Me reconoces, ¿verdad...?

Valentine – ¿Stéphane?

El bebé ha dejado de llorar.

Stéphane – Tengo que hablar contigo. Es muy importante.

Valentine – Ni hablar. ¡Lárgate! ¡No quiero volver a verte!

Intenta cerrar la puerta, pero él se lo impide.

Stéphane – Entiendo tu reacción, Valentine... Pero tienes que escucharme. Te lo suplico, déjame entrar cinco minutos...

Valentine – ¡Hay que tener cara para presentarse así, sin avisar! ¡Después de un año!

Stéphane – Si te hubiera avisado, no me habrías abierto...

Valentine – ¡Te he dicho que te largues! Para mí estás muerto, ¿entiendes?

Stéphane – Está bien, no voy a entrar a la fuerza. Pero si no me dejas pasar, me sentaré en el felpudo y no me moveré de aquí hasta que aceptes escucharme...

Valentine vacila, visiblemente desbordada por la situación.

Valentine – Vale, pero dame treinta segundos. Tengo esto hecho un desastre... Y después te vas, ¿de acuerdo?

Stéphane – De acuerdo.

Valentine cierra la puerta.

Valentine – No... Esto no puede estar pasando...

Valentine hace desaparecer de la habitación todo lo que pueda delatar la presencia de un bebé: ropa, pañales, juguetes... Luego se inclina sobre la cuna.

Valentine – Si no haces ruido, mamá te comprará otro oso, con cabeza y brazos, ¿vale?

Lleva la cuna a la habitación contigua, vuelve, se arregla un poco y abre de nuevo la puerta.

Stéphane – Gracias, Valentine...

Valentine – Hemos quedado en cinco minutos. *(Mira el reloj.)* Dentro de cinco minutos, te vas. Te lo advierto.

Stéphane – Vale.

Stéphane entra, echa un vistazo a su alrededor y luego mira a Valentine.

Stéphane – No has cambiado...

Valentine – Lo mismo no puedo decir de ti... La última vez que te vi tenías el pelo largo, barba, cazadora de cuero y botas de vaquero...

Stéphane – Dicen que el hábito no hace al monje, pero no siempre es verdad. He cambiado, te lo aseguro...

Valentine – ¿Qué quieres, Stéphane?

Stéphane – Entiendo que estés enfadada conmigo...

Valentine – ¿Yo? ¿Y por qué iba a estar enfadada? Hace exactamente un año faltaba una semana para nuestra boda, ¿te acuerdas? Las invitaciones estaban enviadas. El plano de mesas ya estaba hecho.

Stéphane – Lo sé...

Valentine – ¿Lo sabes...? Pues eso no te impidió desaparecer de la noche a la mañana sin dar explicaciones...

Stéphane – Exageras... Te dejé una nota... La encontraste, ¿no?

Valentine – Ah, sí, perdona... La nota adhesiva de la nevera... Mira, hasta la he guardado de recuerdo. *(Abre un cajón, saca una nota adhesiva y la lee.)* «Eres demasiado vuena para mi. No te meresco. Olvídame». Tres frases y tres faltas de ortografía. *(Lo fulmina con la mirada.)* ¿Y con eso esperas que doce meses después te reciba con los brazos abiertos?

Él baja la cabeza, avergonzado.

Stéphane – Déjame que te lo explique...

Valentine – Así que no has encontrado una chica peor que yo, ¿no? Un año buscando y vuelves conmigo. Pues no sé si sentirme halagada...

Stéphane – No te lo conté todo, Valentine.

Valentine – Espera, deja que adivine... Te secuestraron unos extraterrestres. Te llevaron a su planeta para hacer experimentos contigo y acaban de soltarte. ¿Es eso?

Stéphane – No andas tan desencaminada...

Valentine – ¿En serio?

Stéphane – Me detuvieron después de atracar una tienda... Me cayó un año de cárcel...

Después de un momento de estupor, Valentine aplaude con una sonrisa irónica.

Valentine – ¡Bravo, artista! Me has dejado impresionada...

Stéphane – Sabía que no me creerías...

Valentine – ¡No me digas!

Stéphane se sube la manga de la camisa para mostrar algo que pretende parecer una pulsera electrónica.

Stéphane – Estoy en libertad condicional. Todavía tengo que llevar una pulsera electrónica unos días más...

Impresionada, Valentine pasa de la ironía a la sorpresa.

Valentine *(desconfiada)* – ¿Eso no se lleva en el tobillo? Lo he visto en la tele.

Stéphane – En las series americanas, a lo mejor... En Francia se lleva en la muñeca. Por algo se llama «pulsera»...

Valentine – ¿Pero qué se te pasó por la cabeza para atracar una tienda?

Stéphane – Necesitaba dinero... Para pagar nuestra boda, entre otras cosas...

Valentine – ¿Y cuánto valía nuestro amor para ti? ¿Lo que había en la caja de un supermercado? ¿Un Carrefour? ¿Un Casino?

Stéphane – En realidad era una pequeña tienda de alimentación del barrio...

Valentine – Ya que ibas a acabar en la cárcel, ¡por lo menos podrías haber atracado un banco! Pero nunca has tenido ambición, Stéphane. Eres un fracasado. Al final tenías razón: soy demasiado buena para ti...

Stéphane – Era la tienda que hay debajo de mi casa... El dueño me reconoció y llamó a la policía. Apenas tuve tiempo de venir a dejarte aquella nota antes de que me detuvieran...

Valentine – ¿Y por qué no me contaste nada?

Stéphane – ¡Para ahorrarte una explicación desagradable con tus padres!

Valentine – Qué detalle por tu parte.

Stéphane – Sobre todo con tu padre, que es gendarme... Imagínate la vergüenza de tener que explicar a sus compañeros que se cancelaba la boda porque su futuro yerno estaba en la cárcel. Ya le caía bastante mal... Tu padre nunca se fio de mí...

Valentine – No sé por qué sería...

Stéphane – Pero durante ese año entre rejas tuve tiempo para pensar, Valentine. Y comprendí una cosa: el futuro es un plato que se sirve frío.

Ella queda anonadada ante la profundidad de semejante aforismo.

Valentine – ¿Y has tardado un año en llegar a esa conclusión?

Stéphane – Se acabaron las tonterías, te lo juro. ¡Por la vida de nuestros futuros hijos!

Valentine – ¿También has dejado la música?

Stéphane exhibe su nueva indumentaria de ejecutivo.

Stéphane – El que tienes delante es un Stéphane nuevo, Valentine.

Valentine – Ya lo veo... Cuando he abierto la puerta, pensé que eran los testigos de Jehová.

Stéphane – No me digas que preferías al Stéphane de antes.

Valentine – Dame tiempo para acostumbrarme...

Stéphane – ¡Hasta he encontrado un trabajo de verdad!

Valentine – ¿Y de qué trabajas? ¿De empleado de funeraria?

Stéphane – Trabajo... en el sector agroalimentario.

Stéphane coge las manos de Valentine.

Stéphane – Confía en mí, Valentine. He madurado. Ahora quiero sentar la cabeza. Compartirlo todo con alguien...

Valentine – ¡Pero si no tienes nada! ¿Qué vas a compartir? ¡Si hasta para comprar las alianzas tuviste que atracar al tendero!

Stéphane – Quiero decir... compartir mi vida con alguien. Contigo, si tú quieres...

Valentine – Ya... Hasta que la muerte nos separe... Se te sigue dando de maravilla hablar con las mujeres.

Stéphane – ¿Puedo besarte?

Ella se aparta bruscamente.

Valentine – Se acabaron los cinco minutos, Stéphane. Yo he cumplido mi palabra y te he escuchado. Ahora cumple tú la tuya. Lárgate.

Stéphane – Intenté escribirte desde la cárcel, te lo juro. Pero te habías mudado sin dejar dirección y me devolvían las cartas. Y con todo lo que había pasado, no me atreví a preguntar a tus padres...

Valentine – Pues en eso al menos hiciste bien.

Stéphane – Después de lo que pasó, me ha costado mucho reunir valor para llamar a tu puerta.

Valentine – Desde luego, eres todo un héroe...

Stéphane – Dame otra oportunidad, Valentine.

Valentine – No tengo tiempo, Stéphane.

Stéphane – Entiendo que no puedas perdonarme de golpe. Que necesites tiempo. Esperaré. Lo que haga falta. Ahora me sobra el tiempo...

Valentine – ¡Pues a mí no! ¿No entiendes lo que te digo? ¡Ahora mismo no tengo tiempo! ¡Estoy esperando a alguien!

Stéphane – ¿Tienes a alguien en tu vida?

Valentine – Sí, eso es. Está a punto de llegar y preferiría que no se encontrara contigo aquí, ¿comprendes?

Stéphane – Lo entiendo... Has rehecho tu vida... No ibas a esperarme durante meses... Me has olvidado, y punto...

Valentine vuelve a coger la nota adhesiva y se la enseña.

Valentine – Eso es lo que querías, ¿no? Mira, aquí lo pone: «Olvídame». Pues te he hecho caso. Ya no formas parte de mi vida, Stéphane...

Stéphane – En ese caso, me voy... No volverás a saber de mí, Valentine... A menos que cambies de opinión, claro... Te dejaré mi número de móvil, por si acaso... *(Saca un lápiz.)* ¿Tienes un papel?

Ella le da la vieja nota adhesiva.

Valentine – Apúntalo aquí mismo... Y luego te vas, ¿de acuerdo?

Él garabatea en la nota. Llaman a la puerta.

Valentine – ¡Mierda!

Stéphane – ¿Es él? No te preocupes, no quiero ponerte en un compromiso. Hablaré con él. Seguro que lo entiende.

Valentine – ¡Son mis padres!

Stéphane *(preocupado)* – ¿Tus padres? ¿Tu madre y tu padre?

Valentine – Sí, normalmente eso es lo que significa «mis padres».

Stéphane *(recobrando la esperanza)* – Ah, entonces eran ellos a quienes esperabas... En realidad sigues soltera, ¿no?

Valentine está al borde del pánico.

Valentine – ¡No pueden verte aquí bajo ningún concepto! ¿Me entiendes?

Stéphane – Bueno, también ellos tienen motivos para estar enfadados conmigo... Pero ya encontraré algo que decirles. Seguro que lo comprenden.

Valentine – Lo dudo mucho, Stéphane.

Stéphane – Mejor no contarles lo de la cárcel. Y menos delante de tu padre, que es gendarme... Pero me inventaré otra cosa. ¿Confías en mí?

Valentine – Sí, pero no... De verdad que no puede ser.

Stéphane – ¿Pero por qué?

Valentine – Porque... se llevarían un susto de muerte...

Stéphane – Reconozco que tu padre siempre me ha dado un poco de miedo... Pero a tu madre le caía bien, ¿no? Se lo explicaré todo...

Valentine – ¡Te he dicho que no, joder!

Suena el timbre de la puerta.

Stéphane – ¿Pero por qué?

Valentine – ¡Porque les dije que te habías muerto!

Stéphane se queda de piedra. Vuelven a llamar.

Stéphane – ¡No habrás hecho eso!

Valentine – En aquel momento me pareció la forma más sencilla de ahorrarme explicaciones todavía más humillantes, ya me entiendes... Y te recuerdo que me pediste que te olvidara para siempre. ¡No tenías que volver!

Stéphane – Tu padre va a matarme...

Valentine – Por lo menos así estarás muerto de verdad.

Stéphane – ¿Y ahora qué hacemos?

Valentine – Ya es tarde para salir corriendo. No hay otra salida. Solo hay un salón y un dormitorio y mis padres son bastante entrometidos.

Stéphane – ¿Los armarios? Ahí es donde se suelen esconder los cadáveres...

Valentine – ¡No estamos en un vodevil, Stéphane! Y además, los armarios es lo primero que registra mi madre cuando viene a inspeccionar mi ropa.

Stéphane – Debajo de la cama, desde luego, no. Soy alérgico al polvo. Me basta una mota para ponerme a estornudar.

Vuelve a sonar el timbre, cada vez más insistentemente.

Valentine – Tengo que abrir o mi padre echará la puerta abajo. Tú métete en el dormitorio. A ver si mientras tanto se me ocurre una explicación convincente para tu resurrección...

Stéphane – ¿Mi resurrección...? Espero que estés inspirada. Para explicar algo así, hubo que escribir la Biblia entera...

Valentine le señala el dormitorio.

Valentine – Cierra el pico y no salgas hasta que vaya a buscarte. ¿Entendido?

Stéphane – Vale.

Stéphane desaparece en el dormitorio. Inmediatamente, el bebé empieza a llorar otra vez.

Valentine – ¡Mierda! Me había olvidado de eso...

Vuelven a llamar. Valentine corre a abrir. Entran sus padres: Maurice, con aspecto de gendarme de paisano, y Françoise, una antigua hippy que no ha terminado de abandonar aquella época. Maurice lleva un paquete de regalo y examina el salón con desconfianza.

Maurice – Ya empezábamos a pensar que te había pasado algo. Estaba a punto de tirar la puerta abajo...

Valentine – ¿Qué iba a pasarme?

Françoise besa a su hija.

Françoise – ¡Hola, cariño! ¿Qué tal estás? Tienes cara de cansada...

Valentine – No, no, estoy bien... Bueno...

Valentine también besa a su padre. Entonces se fija en el paquete.

Valentine – ¿Y eso qué es? Todavía no es Navidad... Ni mi cumpleaños.

Maurice – La sorpresa de la que te habló tu madre...

Françoise – Jamás adivinarías qué hay dentro. Créeme, te va a dejar de piedra.

Valentine – ¿Ah, sí...? Vaya día llevo...

Françoise – ¡Venga, dáselo!

Maurice entrega el paquete a su hija.

Maurice – Toma, cariño.

Valentine empieza a desenvolverlo.

Valentine – Espero que no sea un paquete bomba...

Saca un oso de peluche bastante deformado y al que le falta una pata.

Valentine – ¿Pero qué es esto?

Françoise – ¡Es Toto!

Valentine – ¿Toto?

Françoise – Menos mal que se me ocurrió apuntar la matrícula del camión. Tu padre hizo que sus compañeros lo buscaran y ayer, ¡bingo!

Maurice – Interceptamos el vehículo sospechoso en la autopista, poco antes de Marsella. El oso estaba incrustado en el radiador del camión.

Françoise – No te había contado nada para no darte falsas esperanzas...

Maurice – Claro que ha quedado un poco maltrecho, pero bueno... ¿Guardaste la extremidad arrancada?

Valentine – Claro.

Françoise – Si la has conservado en hielo, podemos cosérsela. Es broma...

Valentine – Sí, seguro que se pone contentísimo...

Se oye llorar de nuevo al bebé.

Françoise – ¿Quieres que vaya a buscarlo? Así podemos darle el osito enseguida.

Valentine corta el paso a su madre.

Valentine – No, espera, antes tengo que explicarte una cosa.

Françoise – ¡Pero no podemos dejarlo llorar así!

Maurice *(a su mujer)* – Si corres a cogerlo en brazos cada vez que se queja un poco, lo convertirás en un blandengue...

Françoise – ¡Venga ya! ¿No eras tú el que me hacía levantarme veinte veces cada noche cuando Valentine era pequeña? ¡Decías que no había que dejarla llorar!

Maurice – Era una niña, no es lo mismo...

Françoise – Claro... Y además era tu hija... Bueno, voy a buscarlo...

Valentine se interpone otra vez.

Valentine – De verdad, antes tengo que deciros algo.

Françoise – ¿El qué?

Valentine – No estoy sola...

Françoise – ¡Pues claro que no estás sola, cariño! ¡Siempre nos tendrás a nosotros! ¿Verdad, Maurice?

Maurice – Me parece que no se refería a eso.

Françoise – ¡Dios mío! ¡Le ha pasado algo al niño! ¿Está aquí el médico? ¡No habrás tenido que llamar a una ambulancia...!

Valentine – Tranquila, está todo bien, pero... hay un hombre en el dormitorio.

Los padres se quedan un instante estupefactos.

Françoise – ¿Un hombre? ¡Pero qué maravilla, cariño! ¡Sabíamos que no pasarías el resto de tu vida sola! No vivimos en otra época, ¿verdad, Maurice? ¡No vas a vestirte de negro y guardar luto por tu marido hasta el fin de tus días!

Maurice – Sobre todo porque ni siquiera llegaron a casarse...

Valentine – Es un poco más complicado, mamá...

Françoise – Dos meses después de dar a luz... Sí que te has dado prisa, pero bueno... Seguro que es una buena persona.

Maurice – Si ya está dispuesto a cambiarle los pañales a un niño que no es suyo, debe de ser un santo... ¿Estás segura de que no es una tía?

Françoise – Maurice, por favor. Guarda esas bromas de cuartel para tus compañeros de la gendarmería...

Maurice – No era una broma...

Françoise – Haz que salga, nos lo presentas y asunto arreglado.

Maurice – ¿Pero quién es? ¿Dónde lo conociste?

Françoise – Si lo sacas de su escondite, podrá contárnoslo él mismo.

Valentine – Es el hermano de Stéphane.

Françoise – ¿El hermano de Stéphane?

Maurice – Entonces no es una tía, es un tío...

Françoise – ¡No sabía que Stéphane tuviera un hermano!

Valentine – Es su hermano gemelo.

Maurice – ¡Tu nuevo novio es el gemelo de Stéphane!

Françoise – Ella no ha dicho que sea su novio. Eso lo hemos supuesto nosotros... ¿No es tu novio, verdad?

Valentine – No, claro que no. Acaba de llegar esta mañana a París... Pero puede explicároslo él mismo.

Valentine abre la puerta del dormitorio.

Valentine – Stefano, ¿puedes venir?

Françoise – ¿Se llama Stefano?

Stéphane vuelve al salón.

Valentine – Os presento a Stefano, el hermano gemelo de Stéphane. Ha llegado de Roma esta mañana...

Stéphane se queda un tanto desconcertado.

Stéphane – Buongiorno...

Los padres se quedan atónitos.

Valentine – Es italiano, pero habla perfectamente francés. ¿Verdad, Stefano?

Stéphane – Estudié en París.

Françoise se acerca y le da un abrazo.

Françoise – Nuestro más sentido pésame, Stefano. Sé lo que es perder a un hermano.

Maurice – ¿Se ha muerto tu hermano?

Françoise – No, pero me imagino el dolor que sentiría si ocurriera.

Maurice – Habla usted sin el menor acento. ¿De dónde es exactamente?

Françoise – Ya verás, dentro de poco te pedirá la documentación... Mi marido es gendarme.

Valentine – Es un poco complicado... Stefano es francés, pero nació en Roma.

Françoise – ¿Y Stéphane nació en París, no?

Valentine – Sí, claro...

Maurice – Es un poco extraño para dos gemelos, ¿no crees?

Valentine – Comprendo que os sorprenda.

Stéphane – Sí, la gente siempre se sorprende cuando lo cuento.

Maurice – ¿Y bien?

Valentine – Stefano os lo explicará.

Stéphane – No, no, adelante, cuéntalo tú. Se te da mucho mejor que a mí...

Valentine – Pero es tu historia. Y la de tu familia...

Stéphane – Una historia muy dolorosa... Por eso no me gusta hablar de ella, pero bueno...

Françoise – No tiene por qué hacerlo...

Maurice – Hombre, aunque estemos en el espacio Schengen, siento curiosidad por saber cómo pueden nacer dos gemelos en dos capitales europeas separadas por dos mil kilómetros.

Stéphane – Pues es muy sencillo... Mi hermano y yo nacimos en un avión, durante un vuelo de Roma a París.

Maurice – Vaya, vaya...

Stéphane – Y...

Valentine – Stefano nació durante el despegue y Stéphane durante el aterrizaje.

Françoise – ¡Ah, claro! ¡Entonces usted es el mayor!

Stéphane – Y por eso soy italiano...

Valentine – Y Stéphane era francés. Bueno, lo era...

Maurice – Ya veo...

Françoise – Pero nunca nos contaste que Stéphane tenía un hermano.

Valentine – Porque él tampoco lo sabía. ¡Ni siquiera conocía a sus padres! Por eso nunca me los presentó, precisamente.

Maurice – ¿De veras...? Sigue, sigue...

Valentine – Es una historia terrible... Y casi imposible de creer.

Maurice – Me lo imagino...

Valentine – En aquella época, el padre de Stéphane era muy pobre.

Stéphane – Por eso decidió emigrar a Francia con su mujer y buscar trabajo de albañil...

Maurice – ¿En avión...?

Valentine – Era una compañía de bajo coste, naturalmente.

Maurice – Naturalmente...

Valentine – El caso es que, como os decía, su mujer dio a luz a Stefano poco después de despegar de Roma. La atendió la tripulación y todo fue bien.

Stéphane – Y eso que el parto no fue fácil. Venía de nalgas...

Françoise – Y supongo que no fue en un asiento de primera clase.

Valentine – Pero...

Maurice – Pero había otro niño en camino.

Valentine – ¡Exactamente! Cuando estaban a punto de aterrizar, a la madre de Stefano le entraron ganas de ir al baño. Y allí dio a luz a Stéphane.

Françoise – ¡No me diga!

Valentine – Como sus padres no tenían un céntimo, decidieron quedarse solo con uno de los dos niños.

Stéphane – Conmigo...

Françoise – ¡Qué historia tan terrible!

Stéphane – Ya se lo advertí.

Maurice – Sí, se me saltan las lágrimas...

Valentine – Fue el mismísimo piloto quien encontró al bebé en los servicios del avión...

Stéphane – Cuando fue a limpiarlos antes de volver a despegar hacia Roma.

Maurice – ¿El piloto...?

Stéphane – Ya sabe cómo son las aerolíneas de bajo coste. Todo el mundo tiene que echar una mano...

Françoise – ¿Y qué pasó después?

Valentine – Al bebé lo fueron pasando de mano en mano... Durante unos años lo criaron las azafatas.

Stéphane – Unas mujeres estupendas que lo alimentaban con las bandejas de comida que sobraban del avión.

Valentine – Y cuando tuvo edad de ir al colegio...

Stéphane – Tuvieron que dejarlo al cuidado de los servicios sociales.

Valentine – Imagínense lo doloroso que fue para ellas separarse de él.

Stéphane – Claro, ya le habían cogido cariño...

Valentine – Hace unos años, Stéphane inició los trámites ante los servicios sociales para averiguar quiénes eran sus padres...

Stéphane – Y pocos días después de encontrar por fin a su familia, murió a consecuencia de aquella larga enfermedad...

Valentine – Bueno, en realidad se ahogó.

Stéphane – ¿Ah, murió ahogado?

Valentine – Sí, pero eso es otra historia...

Françoise – ¡Es increíble!

Maurice – Sí... Completamente disparatado...

Françoise – Lo más increíble es que se parezcan tanto, ¿no?

Maurice – Sí, parecen...

Françoise – Gemelos.

Maurice – Le pones una barba y el pelo largo...

Françoise – Cambias el traje y la corbata por unos vaqueros viejos y una cazadora negra...

Maurice – Y esos ojos tan despiertos por una sonrisa de idiota...

Françoise – Aunque ahora que me fijo bien...

Maurice – ¿Qué?

Françoise – Stéphane era un poco más bajo, ¿no? Quiero decir, menos alto...

Valentine – Claro, si desde pequeño te crían con la comida de una aerolínea de bajo coste... Eso no ayuda precisamente a crecer...

Maurice – ¿Y a qué se dedica este joven?

Valentine – Stefano... ocupa un puesto de gran responsabilidad en el sector agroalimentario.

Françoise – Ah, ya...

Maurice – Desde luego es más tranquilizador que tocar la batería en un grupo de rock...

Françoise – Maurice, por favor...

Valentine – Ya sé muy bien lo que pensabas de Stéphane, papá. No te preocupes.

Françoise – Nos lo has dicho mil veces: ser músico es de perdedores. Pero, ya puestos a estar en un grupo, por lo menos que sea el cantante.

Valentine – Vamos, el que lleva la voz cantante...

Maurice – Todo el mundo sabe que el batería siempre es el más tonto del grupo...

Stéphane *(ofendido)* – Por lo que me han contado, al grupo de Stéphane no le iba tan mal...

Françoise – ¿Cómo se llamaba el grupo?

Stéphane – Los Rebeldes...

Maurice – Eso, Los Rebeldes... Menudo nombre más ridículo... Con rebeldes como esos, los gendarmes podemos dormir tranquilos. Se cuelan en el metro y se creen unos revolucionarios.

Stéphane – Creo que tenían una gira programada.

Maurice – ¡Una gira! ¡Una gira por los bares, seguro!

Stéphane – Quién sabe... Si el batería no hubiera muerto tan joven, quizá habrían llegado lejos...

Françoise – Mi marido no entiende nada de música moderna, Stefano. A mí su hermano me caía muy bien. Su muerte me causó mucha tristeza...

Se oye otra vez llorar al bebé.

Stéphane – ¿Y quién es ese bebé? ¿Estás haciendo de canguro, Valentine?

Maurice – ¿El bebé?

Françoise – ¡Es su sobrino, Stefano!

Maurice – Eso es, amigo. Acaba de convertirse en tío...

Stéphane – ¿Mi sobrino?

Françoise – ¡Sí, el hijo de Stéphane!

Maurice – ¿No se había enterado?

Valentine – Acaba de llegar... Aún no he tenido ocasión de darle la buena noticia...

Françoise – Es muy triste pensar que ese niño nunca conocerá a su padre...

Stéphane – ¿Y por qué no?

Valentine – ¡Porque ha muerto!

Stéphane – Ah, claro... ¿Y de qué murió exactamente?

Françoise – ¿Tampoco le has contado eso, Valentine?

Valentine – ¡Pero si acaba de llegar!

Françoise – Sé que no sirve de mucho consuelo, Stefano, pero su hermano murió como un héroe.

Stéphane – ¿En serio?

Valentine – Quizá no hace falta entrar en detalles... Todo es muy reciente para Stefano. Sería demasiado de golpe, ¿no?

Stéphane – A estas alturas...

Françoise – Stéphane murió salvando de ahogarse a una madre y sus dos hijos.

Stéphane – ¿De veras?

Françoise – Consiguió llevar a los tres hasta la orilla, pero agotado por el esfuerzo, la corriente se lo llevó a él...

Stéphane – Así que Stéphane fue un héroe...

Maurice – Y muy discreto, además.

Françoise – Antes de desaparecer bajo las olas, tuvo tiempo de gritar a la familia que había salvado que no quería que los medios hablaran de su sacrificio...

Maurice – Por eso nunca salió en la prensa.

Françoise – Si no, seguro que le habrían concedido la Legión de Honor.

Maurice – Seguro... Hoy se la dan a cualquiera.

Stéphane – Se me saltan las lágrimas... Valentine, debe de consolarte saber que llevaste durante nueve meses en tu vientre al hijo de un hombre tan extraordinario. Un hijo que te recordará siempre el amor que sentiste por Stéphane.

Françoise – Mi hija incluso escribió al presidente de la República para pedir permiso para casarse con Stéphane a título póstumo, pero aún no ha recibido respuesta...

Stéphane – ¿Ah, sí...?

Maurice – Hicimos una pequeña colecta para la corona de flores.

Françoise – Pero ni siquiera hubo entierro, porque nunca encontraron el cuerpo...

Maurice – Y como no conocíamos a su familia...

Françoise – Solo celebramos una pequeña ceremonia íntima, entre nosotros... Fue muy emotiva...

Stéphane – Me lo imagino...

Maurice – En esas circunstancias no es fácil superar el duelo.

Françoise – Y pensar que usted tampoco podrá conocer nunca a su hermano...

Suspiran.

Maurice – En fin, este niño ha perdido a su padre, pero ha encontrado un tío.

Françoise – Y un tío que, por milagro, se parece a su padre como dos gotas de agua.

Silencio incómodo.

Valentine – ¿Os sirvo algo de beber?

El bebé vuelve a llorar.

Françoise – Me parece que el primero que necesita beber algo es él...

Maurice – ¿No hay a bordo una azafata para darle el pecho?

Valentine – Voy a ver...

Sale.

Françoise – Te acompaño...

Françoise sale con ella. Silencio embarazoso.

Maurice – Menuda historia...

Stéphane – Sí...

Otro silencio.

Maurice – Dígame, joven...

Stéphane – Stefano.

Maurice – Stefano, eso. Dígame, Stefano, me da un poco de apuro hablar de esto con usted, sobre todo en un momento como este, pero...

Stéphane – Por favor, sin reparos. Ahora casi somos familia, ¿no?

Maurice – Muy bien... Resulta que yo le había adelantado a su hermano el dinero para pagar su boda con mi hija.

Stéphane – ¿Ah, sí...?

Maurice – Como no tenía ni un céntimo...

Stéphane – Ya se sabe cómo son los artistas...

Maurice – Sí... El aperitivo de bienvenida, el restaurante, incluso el vestido de novia... Todo eso cuesta un dineral...

Stéphane – Me lo imagino...

Maurice – Y como al final no hubo boda, pensaba que quizá podría recuperar lo que había puesto...

Stéphane – Comprendo...

Maurice – ¿No sabrá por casualidad qué hizo su hermano con ese dinero?

Stéphane – La verdad es que no tengo ni idea... Pero, desde luego, si...

Maurice – Quince mil euros no son ninguna tontería.

Stéphane – Desde luego...

Maurice – Casi lo que cuesta un coche nuevo... Y precisamente pronto tengo que cambiar el mío...

Stéphane – Veré qué puedo hacer, se lo prometo...

Maurice – Se lo agradecería... Al fin y al cabo, ahora usted será el heredero de su hermano.

Stéphane – A beneficio de inventario, eso sí...

Regresan Françoise y Valentine.

Françoise – Solo quería el chupete... Deben de ser los dientes. *(A su hija.)* ¿No has adelgazado un poco?

Valentine – No sé...

Françoise – En cualquier caso, tienes muy buena cara. La maternidad te sienta bien. ¿Verdad, Stefano? ¿No encuentra que mi hija está radiante?

Stéphane – Sí, desde luego...

Françoise – La vida sigue, ¿verdad? No hay que dejarse vencer por las dificultades.

Maurice – Como con los caballos. Si te caes, tienes que volver a montar enseguida, porque si no...

Françoise – ¿Está casado, Stefano?

Stéphane – Eh... No. Que yo sepa, no. Quiero decir... todavía no.

Maurice – Y ese Stéphane, ahora que ya no está, entre nosotros podemos decirlo: no era el hombre adecuado para ti.

Françoise – Vamos, Maurice... Un poco de respeto por los muertos.

Maurice – En mi trabajo ves a gente de todo tipo... Acabas desarrollando un sexto sentido. Y siempre pensé que ese acabaría entre rejas...

Stefano se baja la manga para ocultar su supuesta pulsera electrónica.

Françoise – Pero murió como un héroe...

Maurice – Está bien morir como un héroe, pero mejor es vivir como una persona honrada. ¡La realidad es que dejó embarazada a mi hija y se esfumó a una semana de la boda!

Françoise – ¡Pero si murió!

Maurice – Sí, claro, muy oportuno, ¿no...? Usted, en cambio, parece un muchacho serio, Stefano. Un hombre de palabra...

Stéphane – Gracias...

Maurice – ¿Por qué no te casas con este, Valentine? ¡Es el yerno ideal!

Françoise – Maurice, por favor, ten un poco de tacto... Aunque es cierto que Stefano es muy atractivo... ¿No te parece, Valentine?

Valentine – ¿Que me case con el gemelo del padre de...? Sería un poco extraño, ¿no?

Françoise – Por otra parte, no te resultaría tan diferente. ¡Son iguales!

Maurice – Este, mejorado...

Valentine – No, de verdad. Stefano no es en absoluto mi tipo de hombre.

Stéphane – Eso no es muy amable por tu parte...

Valentine – Perdona, pero... he pasado por muchas cosas últimamente. No creo que esté preparada para...

Maurice – Pues quizá le guste a tu hermana... ¿Tú qué opinas, Françoise?

Françoise – ¡Maurice, eso no me corresponde decidirlo a mí! Pareces un vendedor de camellos intentando colocar los que le sobran del rebaño...

Maurice – Por lo menos puedes enseñarle la foto de la hermana de Valentine. ¡Así conoce un poco a la familia de su sobrino!

Françoise saca una foto de su bolso y se la enseña a Stefano.

Françoise – Siempre llevo fotos de mis hijas... Mire, aquí está en bañador en la playa de Saint-Brevin-les-Pins. Allí pasamos las vacaciones, en el camping Les Flots Bleus.

Valentine – Mamá...

Stéphane – Vaya, es verdad que el topless le sienta de maravilla.

Françoise – ¿Sabía que fue Miss Camping?

Stéphane – No me extraña lo más mínimo...

Maurice – Podríamos llamarla para que viniera a tomar el té con nosotros...

Françoise – Así conocería a Stefano...

Maurice – Y como la boda ya está pagada...

Valentine – ¿Qué boda?

Stéphane – Luego te lo cuento...

Maurice – Entonces, ¿qué le parece, Stefano? ¿Puedo llamarle Stefano?

Stéphane – Por supuesto.

Maurice – Después de todo, ya es casi de la familia, ¿no? ¿Qué dice?

Stéphane – Es verdad que es muy guapa...

Valentine – ¡Bueno, ya está bien! De todos modos, dudo que hoy la eligieran Miss

Camping en la primera votación. Ni amañando las votaciones. La foto tiene diez años y desde entonces ha engordado por lo menos un kilo al año...

Françoise – ¡No exageres!

Maurice – A ver si estás un poco celosa... Creía que Stefano no era nada de tu tipo.

Valentine – En cualquier caso, me parece prematuro montar una gran reunión familiar. La situación ya es bastante complicada, ¿no? Os recuerdo que Stefano acaba de enterarse de la muerte de su hermano...

Françoise – Tienes razón, cariño...

Vuelve a oírse llorar al bebé.

Françoise – Voy a ocuparme de él... *(Con intención.)* ¿Vienes conmigo, Maurice?

Maurice – ¿Para qué?

Françoise – Estos dos jóvenes tendrán muchas cosas que contarse...

Maurice – ¡Y nada de tonterías!

Françoise y Maurice salen. En cuanto se quedan solos, Valentine se vuelve hacia Stéphane, indignada.

Valentine – ¿Ahora también quieres acostarte con mi hermana?

Stéphane – Lo he dicho para ver cómo reaccionabas. Es contigo con quien quiero pasar el resto de mi vida, Valentine. Y ahora que tenemos un hijo...

Valentine – ¿Tenemos?

Stéphane – Es mi hijo, ¿no?

Valentine – Un poco tarde para preocuparte por eso, ¿no crees?

Stéphane – Vale, metí la pata. Pero ahora estoy aquí. Tengo un trabajo de verdad y...

Valentine – No volveré a confiar en ti jamás, Stéphane. Así que cuando mis padres se hayan ido, te largas y no vuelvas nunca, ¿entendido?

Stéphane – No puedo vivir sin ti, Valentine. Preferiría estar muerto.

Valentine – ¡Pues adelante!

Stéphane – No me tomas en serio, ¿verdad?

Valentine – Reconoce que hasta ahora no me has dado muchos motivos para creerte.

Stéphane se dirige a la puerta.

Stéphane – Muy bien, no volverás a saber de mí... Salvo en las páginas de sucesos, quizá. Si Stéphane murió ahogado, me tiraré al Sena. Así ya no tendrás que seguir mintiendo a tus padres... Adiós, Valentine...

Valentine lo agarra bruscamente por la muñeca para impedir que se marche.

Valentine – No, espera...

Stéphane – A todos os iría mejor si estuviera muerto de verdad, Valentine. Te lo aseguro...

Valentine – Quédate... Por favor...

Stéphane intenta irse de todas formas, y en el forcejeo la supuesta pulsera electrónica se queda en la mano de Valentine. Esta examina el objeto, estupefacta.

Valentine – ¿Pero qué es esto? ¡No me lo puedo creer!

Stéphane – Te lo explicaré...

Valentine levanta el objeto.

Valentine – ¿Esto es una pulsera electrónica? ¿No será más bien el candado de una bicicleta?

Stéphane – Lo que sí es verdad es que te quiero, Valentine. Mira: ¡la combinación del candado es tu fecha de nacimiento!

Valentine – Así que nunca estuviste en la cárcel, ¿verdad?

Stéphane – Me fui de gira con el grupo, pero acabé peleándome con el cantante.

Valentine – ¿Marco?

Stéphane – ¿Lo conoces?

Valentine – Sí, bueno, un poco... Tú me lo presentaste, ¿recuerdas?

Stéphane – Entonces me di cuenta de cuánto te echaba de menos. Y de que había llegado la hora de dejar atrás mis sueños de adolescente para construir algo serio contigo.

Valentine – Me alegra saber que casarte conmigo significa renunciar a todos tus sueños de adolescente... ¡Como en un cuento de hadas!

Stéphane – ¡Intenta entenderme! Solo soy un hombre... La idea de casarnos me dio miedo. Entré en pánico y salí huyendo. No fue precisamente heroico y sé que te hice mucho daño. Pero he madurado, te lo juro.

Valentine – Ya... Por lo visto, marcharse es madurar un poco...

Stéphane – Sigo pensando que no te merezco, Valentine. Pero ahora que tenemos un hijo juntos... Es una señal, ¿no?

Valentine – ¿A eso lo llamas una señal?

Stéphane – Dame otra oportunidad, Valentine... ¡Ese niño necesita un padre!

Valentine – Te recuerdo que para mis padres ese niño es huérfano...

Stéphane – Es verdad... Lo había olvidado...

Valentine – Aunque hayas muerto como un héroe, mi padre te considera un traidor.

Así que si vuelves como un desertor... Y si lleva encima su arma reglamentaria...

Stéphane se queda lívido.

Stéphane – Quizá podamos evitar contarles que les hemos mentido...

Valentine – ¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas hacerlo?

Stéphane – Ya que tus padres están tan empeñados, ¡cásate con Stefano! ¡Es el yerno ideal!

Valentine – ¿No te queda un poco grande el papel de yerno ideal? Sobre todo a largo plazo... Y supongo que tampoco eres un alto ejecutivo del sector agroalimentario.

Stéphane – Digamos que lo adorné un poco...

Valentine – ¿Lo adornaste?

Stéphane – Reparto pizzas. Pero es algo provisional...

Valentine – Bueno, sigue teniendo que ver con la alimentación... ¿Y qué propones?

Él reflexiona.

Stéphane – ¡Tengo una idea!

Valentine – No sé si eso debería tranquilizarme...

Maurice y Françoise regresan y los interrumpen.

Françoise – ¡Es increíble lo que se parecen a usted!

Maurice – ¿Tú crees...?

Françoise – Pues sí, un poco... ¿Seguro que usted no es el padre?

Stéphane finge contestar al móvil.

Stéphane – Perdonen, tengo una llamada... Buongiorno. Sì. Pronto. Mamma mia... Disculpen, es importante.

Sale al rellano.

Maurice – Espero que no sea otra tragedia familiar...

Se oye llorar al bebé.

Françoise – Creo que le toca el biberón...

Valentine – Voy yo...

Valentine sale.

Maurice – Tú, ¿te crees esa historia de los gemelos?

Françoise – ¿Tú no?

Maurice – No, pero me lo estoy pasando en grande...

Françoise – ¿Y por qué no has dicho nada?

Maurice – Vamos a dejar que se hundan un poco más. A ver hasta dónde son capaces de llegar antes de tocar fondo...

Françoise – De todas formas, ese niño no puede ser de Stéphane. Nació diez meses después de que desapareciera.

Maurice – ¿Ah, sí?

Françoise – Y se parece bastante más al cantante del grupo que al batería, ¿no?

Maurice – ¿Marco?

Françoise – Ya sabes, en los grupos de rock el macho dominante suele ser el cantante...

Maurice – Bueno, si ese idiota está dispuesto a asumir el papel de padre...

Françoise – No es el yerno ideal, pero es el único que tenemos a mano.

Maurice – Y tampoco sabemos si esta pánfila va a encontrar pronto a otro para ponerle la pulsera electrónica en el tobillo.

Françoise – ¿Cómo dices?

Maurice – Quería decir, para ponerle un anillo en el dedo...

Stéphane regresa con una expresión extraña.

Maurice – ¿Todo bien, Stefano? Tiene cara de haber visto un fantasma...

Stéphane – Casi ha acertado...

Maurice – ¿De veras...?

Stéphane – Acabo de recibir una llamada increíble.

Françoise – ¿De quién...?

Stéphane – ¡De mi hermano Stéphane!

Maurice – ¿Stéphane?

Françoise – ¡No puede ser! ¡Pero si está muerto!

Maurice – ¡No me diga que ya hay cobertura hasta en el más allá!

Stéphane – ¡Pues resulta que Stéphane no ha muerto!

Maurice – ¿Ah, no?

Françoise – ¿Pero cómo es posible?

Maurice – Es verdad que nunca apareció el cuerpo...

Françoise – ¿Y dónde está?

Stéphane – Abajo, en la cafetería. Está esperando a que le dé la noticia a Valentine

con delicadeza antes de subir. Imaginen la impresión que se llevará...

Maurice – Sí, claro... Se llevará una buena impresión...

Valentine regresa del dormitorio.

Valentine – ¿Por qué ponéis esas caras? ¿Qué ha pasado?

Stéphane – Será mejor que te sientes, Valentine...

Valentine – Estoy perfectamente de pie. ¿Qué tenéis que decirme tan importante?

Françoise – Vas a tener que ser valiente, cariño.

Stéphane – Stéphane está vivo...

Valentine – ¿Quieres... quieres decir que no ha muerto?

Stéphane – Eso mismo.

Valentine – ¡Dios mío, qué horror! Quiero decir... ¡Qué maravilla! ¿Estás seguro?

Stéphane – Acabo de hablar con él por teléfono...

Valentine – Creo que voy a desmayarme...

Finge perder el conocimiento, pero Stéphane la recoge en sus brazos. Sus labios casi se rozan.

Valentine *(reponiéndose)* – No, Stefano. Lo nuestro ya no puede ser...

Stéphane – Tienes razón...

Maurice – Esto parece un culebrón.

Valentine – Pero... ¿cómo es posible?

Françoise – Eso mismo he preguntado yo...

Stéphane – Él mismo se lo explicará. Espera abajo a que le avise para subir.

Maurice – ¿Quiere que le llame yo? ¿Cuál es su número?

Stéphane – Mejor voy a buscarlo...

Stéphane sale.

Valentine – Es increíble, ¿verdad?

Maurice – Sí, increíble... Creo que es la palabra del día...

Valentine – Estoy deseando saber cómo ha podido pasar algo así...

Françoise – ¡Esto no se lo inventa ni una telenovela!

Maurice – ¿Estás segura de que te encuentras bien?

Valentine – No sé... Espero que no haya cambiado demasiado...

Maurice – Hombre, después de un año en el agua...

Françoise – ¿Pero tú crees que...?

Maurice – No sé... Intento imaginármelo...

Françoise – Alguna explicación tendrá que haber...

Maurice – Y la verdad es que tengo muchas ganas de oírla...

Stefano vuelve convertido en Stéphane, con vaqueros, cazadora de cuero y un bigote postizo.

Stéphane – Hola, Valentine...

Valentine – ¿De verdad eres tú, Stéphane?

Stéphane – Soy yo, te lo aseguro...

Françoise – Pero ¿antes no llevaba barba?

Valentine se arroja a los brazos de Stéphane.

Valentine *(aparte)* – ¿No estarás exagerando un poco? ¿No crees que te has pasado con el disfraz?

Stéphane – Hay una tienda de artículos de broma aquí abajo. Pensé que así resultaría más convincente...

Valentine – ¡Cuánto has cambiado...!

Maurice – Sí, y no para bien...

Françoise – Es verdad que la barba le favorecía más. *(Los padres están consternados.)* Pero ¿dónde está Stefano?

Stéphane – Ha preferido marcharse... Por lo que me ha dado a entender, se había enamorado de su hija y estaba a punto de pedirle que se casara con él.

Françoise – ¡Qué espanto...!

Maurice – La felicidad de unos...

Stéphane – Tiene el corazón roto. Pero, por supuesto, ha decidido hacerse a un lado por su hermano.

Valentine – Puede que nunca volvamos a verlo...

Maurice – Qué lástima...

Françoise – Es una tragedia...

Maurice – Desde luego, un melodrama de primera.

Françoise – Deberían escribir una obra de teatro con todo esto. Seguro que tendría éxito...

Maurice – Pero todavía no nos ha explicado cómo puede reaparecer vivo, doce meses después, un hombre al que dieron por ahogado.

Stéphane – Reconozco que resulta sorprendente...

Maurice – A estas alturas, creo que ya nada puede sorprendernos...

Stéphane – Me encontraron inconsciente en la desembocadura del Sena, en Dieppe.

Françoise – Creía que el Sena desembocaba cerca de Le Havre.

Maurice – Será eso lo que hace que la historia resulte todavía más sorprendente...

Stéphane – El caso es que había perdido totalmente la memoria. Unas monjas me acogieron en un convento. Acabo de recuperarla... Y, claro, he venido corriendo en cuanto he podido.

Maurice – Bueno, pues bien está lo que bien acaba.

Françoise – ¡Por fin podréis casaros!

Maurice – Sí, todo acabará en boda, como en los cuentos de hadas. Y como ya está pagada... Dígame, Stéphane: ha perdido la memoria, pero ¿no habrá perdido también el dinero que le di para casarse con mi hija?

Stéphane – Bueno, verá...

Valentine – ¿De qué está hablando?

Stéphane – Luego te lo explico, cariño...

Maurice – Mientras le ponga el anillo a mi hija, no habrá problema. *(Aparte.)* Si no, seré yo quien le ponga las esposas...

Françoise – Va a ser curioso ver a los dos gemelos juntos en la boda.

Stéphane – Dadas las circunstancias, no sé si Stefano querrá asistir a la ceremonia...

Valentine – Bueno, comprenderéis que ahora necesitamos estar un rato a solas...

Françoise – Claro, hija... Vámonos, Maurice...

Maurice – Hasta pronto... Stéphane.

Los padres se marchan.

Valentine – Bueno, estupendo...

Stéphane – ¿Crees que se lo han tragado?

Valentine – Tratándose de un mentiroso profesional... Pero dime, ¿qué es eso del dinero que mi padre te adelantó para pagar nuestra boda?

Stéphane – Es que...

Valentine – ¡No me digas que con ese dinero os fuisteis de gira con Los Rebeldes!

Stéphane – Te lo devolveré, Valentine. Aunque tenga que trabajar a jornada completa el resto de mi vida...

Valentine – Eso es lo que hace casi todo el mundo para mantener a su familia. *(Llora*

un bebé.) Y ya verás lo que te espera...

Valentine sale y vuelve con un moisés.

Stéphane *(enternecido)* – Por cierto, ¿cómo se llama? No me lo has dicho...

Valentine – Este es Orfeo.

Se oye llorar a otro bebé. Valentine va a buscar un segundo moisés.

Valentine – Y esta es Eurídice... Son gemelos. Debe de ser cosa de familia... Genética, seguramente...

Stéphane – Orfeo y Eurídice... ¡Joder...! El infierno... Quiero decir... ¡Qué maravilla!

Valentine – Ya verás... Cuando lloran los dos a la vez, parece que tenemos sonido estéreo.

Él se inclina, preocupado, sobre los dos moisés.

Stéphane – Y... ¿estás segura de que los dos son míos?

Valentine – Vete tú a saber...

Stéphane – Es curioso... Este me recuerda vagamente a alguien...

Lloran los dos bebés a dúo. Valentine intenta calmarlos. Suena el timbre de la puerta.

Valentine – ¿Puedes abrir? Estoy un poco ocupada, como ves... Seguro que son otra vez mis padres, que se han dejado algo.

Stéphane – Voy.

Sale un instante a abrir la puerta y vuelve con una sonrisa de oreja a oreja.

Stéphane – ¡Te vas a reír...! ¡Es Marco!

Valentine se queda mirándolo, desconcertada.

Valentine – ¿Marco?

Música rock (por ejemplo, Smoke on the Water*, de Deep Purple).*

Oscuro.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos
Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2
Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3
13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4
Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6
Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más
A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)
A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón - Marzo 2023

ISBN 978-2-37705-891-4
© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.